



CANTO XVI

En este canto se acaba la tormenta; contiénesse la entrada de los españoles en el puerto de la Concepción y isla de Talcahuano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
El son confuso y misero lamento
Con eficacia, y fuerza, que interrompa
El celeste y terrestre movimiento:
La fama con sonora y clara trompa
Dando mas furia á mi cansado aliento,
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

Dedme, ó sacro señor, favor, que creo
Que es lo que mas aquí puede ayudarme,
Pues en tan gran peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar viéndoos atento
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo,
La socorred en este grande aprieto,
Que si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto:
Aunque el soberbio mar contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo,
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfía
Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la via,
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte habia de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos
Iban del todo ya desordenados:
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusión primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando,
Iba casi de un lado sumergida
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir se va acercando
A los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente
Las voces y las lástimas crecían,
Que llevadas del céfiro inclemente
Lejos las rocas cóncavas herían:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos sin orden discurrían:
Unos dicen: ¡alarga! y otros: ¡iza!
Quien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide:
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdón de sus errores pide:
Quién hace voto espreso, quién promesa,
Quién de la ausente madre se despide,
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecía venir al suelo,
Y el levantado mar tempestuoso
Con soberbia hinchazón subir al cielo.
¿Qué es esto, eterno Padre poderoso?
¿Tanto importa anegar un navichuelo,
Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza extrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfía,
Que aunque de leños frágiles armada
El peso y ser del mundo sostenía;
Ni la nave de Ulises, ni la armada
Que de Troya escapó el último día,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte
Al temor se entregaban importuno:
Que la espantosa imagen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno;
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados,
Corriendo acá y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
Bramando en un turbión de viento envuelto
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeón ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaivén á la pasada
El un diente de la áncora amarrada;

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebatada,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata.
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento,
Gobernó el galeón rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timón salió al levecho.
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir difícilmente á un punto
El extremo de pena y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegría
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fría
Que había los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oración devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruido
En vano, aunque se esfuerza, porfiando:
Que la fortuna de Felipe asido
Agorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla oscura
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al este la Herradura,
Y al sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el morro de Penco descubierta,
Arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furioso de aquel lado:
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra,
En gruesa amarra y áncora afirmada
Que con tenace diente aferró tierra:
Apenas la alta vela fué amainada,
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos estendió, tocando en los oídos,
Los ánimos y niervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente,
Venida allí por suerte venturosa,
Gritando: «Guerra, guerra», alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa
Con gran rebato y priesa repentina
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadrón se representa;
Y nosotros con ánimo dispuesto
A cualquiera peligro y grande afrenta
Arremetimos á las armas presto:
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brío
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajío
Encallada la nave ya estuviera;
Y por los anchos lados el navío
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente,
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algún caso prodigioso,
O extraño agüero y triste anuncio,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y raptó movimiento,
Ora el andar el mundo, y es mas cierto,
Fuera de todo término y concierto:

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo,
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel fúidoso velo;
Y en forma de lagarto discurriendo
Se vió hender una cometa el cielo:
El mar bramó, y la tierra resentida,
Del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruina y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales
Que su destrozo y pérdida anunciaban,
Y á perpetua opresion amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron,
Que soltando las armas ya rendidas
Del cerrado escuadron se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas,
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mujeres, hijos y comidas
Por secretos caminos y senderos
Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas;
Y con gran diligencia preveniendo
Los caminos, las sendas y paradas,
Por cavernas y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres indios escondidos,
Otros en pueblezuelos salteados
Que aun no estaban del miedo apercebidos;
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos y vestidos,
Y palabras de amor los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada
Era la religion y salvamento
De la rebelde gente bautizada,
Que en desprecio del santo sacramento,
La recibida ley y fe jurada
Habian pérfidamente quebrantado,
Y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
A la cristiana ley que antes tenian,
Y á la fe quebrantada reducirse,
Que al grande Carlos quinto dado habian,
En todas las mas cosas convenirse
A su provecho y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas, firme y cierto,
Cualquier partido licito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien los impida, ni defienda:
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
Quién fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pabellon, tienda ni cosa
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Descansar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado día
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegría
El aire oscuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañía
Conociendo el inestable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
Albergues de los indios ausentados,
Otros con tablas, ramas y carrizos
Al nuevo alojamiento van cargados;
Y sobre troncos de árboles rollizos
En las hondas arenas afirmados,
Gran número de ranchos levantamos,
Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos,
Por techos y apartados riconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos,
Que de pajas, de plumas y ramillos
Van y vienen los picos impedidos:
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria y arte reparamos
La furia del invierno riguroso,
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantoso
La gruesa y reforzada artillería,
Que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
El grande estruendo y novedad sintieron;
Pacos, vicuña, tigres y leones
Acá y allá medrosos discurrieron;
Los delfines, nereidas y tritones
En sus hondas cavernas se escondieron,
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos rios y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
Y algunos tan átonitos quedaron,
Que la dura cerviz nunca oprimida
Sobre los yertos pechos inclinaron:
Así avisados ya de la venida
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los deciseis caciques auracanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo
Entraron los caciques en consejo.

TOMO I

Rengo también con ellos, que admitido
Fué el consejo de guerra por valiente,
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió después en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente,
Que, aunque falto de sangre, tuvo suerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolicán en medio dellos puesto
A todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando;
Con sesgo pecho y con sereno gesto
La voz en tono grave levantando,
Rompió el mudo silencio, y echó fuera
El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
Segun vemos las muestras y señales,
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales;
Que la fortuna próspera ha traído
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las vengais en solo un día.

«Y á costa y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas,
Que por remotos reinos estendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo dellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

»Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

20

»Así en resolución me determino,
Si, señores, también os pareciere,
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere:
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.»

A la plática fin con esto puso;
Y el buen Peteguelén, viejo severo,
Por mas antiguo su razon propuso
Como soldado y sabio consejero,
Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada
En el pecho me hierve alborotada.

»Pero sola una cosa me detiene
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia que se tiene
Que es mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento,
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

»Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido,
Será de mas provero y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oír á nadie obliga.

»Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis aperebir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente,
En las cosas difíciles dar medio,
Proveer á cualquiera inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel, con voz furiosa,
Diciendo le atajó: «Quien tanto mira
Jamás emprenderá jornada honrosa;
Y si todo el estado se retira
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré sin compañía
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.»

»¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas?
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
Y rodear los brazos las espadas,
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras victorias mancilladas
Quoden con bajo y misero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido.

»Pues entended que mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado,
Diga Peteguelén lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado.
Y quien otro camino pretendiere
Primero le abrirá por mi costado;
Que esta ferrada maza, y no oraciones
Les ha de dar las causas y razones.

»Si los que así os preciais de bien hablados
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto en campo armados,
Os probaré mas claro lo que puedo;
Mas quereis mostrar tan concertados,
Que llamando prudencia á lo que es miedo,
Por no poner en riesgo vuestra vida
A todo con hablar dareis salida.»

Peteguelén responde: «Pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo viejo quiero la batalla
Y castigar tú loco atrevimiento;
De piel curtida armados ó de malla,
Con lanza, espada ó maza, á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo mas largas manos que razones.»

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo,
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo?
Dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió: «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
Ni de sangre aun están vacias mis venas,
Ni siento el brazo así debilitado,
Que no te piense dar las manos llenas;»
Mas Rengo su sobrino levantado
Se atravesó diciendo: «El desafio
Acepto yo, si quieres, por mi tío.»

«Quiérollo, pido y soy dello contento,
Gritaba Tucapel, y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento
Dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo.»
También enmendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengó, y mas te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Después que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo: «Castigarte
Pienso de tal manera yo primero,
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que á bien librar serás mi prisionero:
Afuera, afuera, sú, haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero,
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelén le respondieran
A un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazón no se pusieran
Muchos caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.

Caupolicán estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada día
En guerra, en paz, con término insolente
Sin causa ni atención los revolvia;
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazón lo requeria;
Y así con gravedad y manso ruego
La furia mitigó y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y acetado
Que luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen;
Después, que Tucapel y Rengo armado
Ansimismo su causa definiesen.
El rumor aplacado, Colocolo
Los comenzó á decir hablando solo:

«Generosos caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y experiencia
Los futuros sucesos rastreamos,
Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destruírnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

»Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caída y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo:
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo;
La máquina que en falso asiento estriba
Su misma pesadumbre la derriba.

»Así que ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo y con gran razón de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios;
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose al fin vuestra protervia
Fundada en una vana y gran soberbia.

»Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas:
Rotas nuestras escuadras y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras;
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes extranjeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

»Mirad que así por ciega inadvertencia
La patria muere y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasión y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

»¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedezamos
Esta unión invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?

»¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el araucano estado
Venga á ser por sus manos destruido,
Y en su virtud y fuerzas ahogado
Quede con nombre infame sometido
A las estrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?

»Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros;
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto mas dañaros:
Sufris al enemigo en vuestro asiento
Que quiere como á brutos conquistaros,
¿Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?

»Que es cierto falta de ánimo, y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propia espada,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada,
A los cuales resiste el pecho fuerte
Que no quiere acabarlo con la muerte.

»Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno:
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

»Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve,
Para que diferáis vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline,
Y la causa comun se determine.

»Y pues de vuestra discrecion espero
Que ospondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones mas nos quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene.
Dejadas pues aparte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene,
Y pone freno y limite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo.

»Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasaje algun remedio;
Y pues el enemigo se comide
A tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos.

»Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que cuando no sea lícita podremos
Venir de todo en todo á rompimiento.
También en este término haremos
De armas y municion preparamento:
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

»Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras exteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas,
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

»Quizá por este término sacalla
Podremos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla
Trayéndola por mañas á la muerte;
Y sin rumor, ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte
Que venga á tierra firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sabio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes;
Pero Purén, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
Al joven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y esperiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y apariencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetrase,
Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido
Segun el tiempo en lo que mas convino,
En una larga góndola metido
Sin más se detener tomó el camino,
Y de los prestos remos impelido
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian también con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado
Llenas de armas, de gente y bastimento
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
Por medio del bullicio atravesaba,
Los judiciosos ojos rodeando
Las armas, gente y ánimos notaba;
Y el negocio entre sí considerando
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesía
Nos saludó á su modo alegremente,
Levantando la voz; pero la mia,
Que fatigada de cantar se siente,
No puede ya llevar un tono tanto,
Y así es fuerza dar fin en este canto.